

ta idea por un solo momento? De ningún modo: entre la humanidad que exigía repararse la falta descubriéndola y pidiendo socorro, y el egoísmo que le hacia preferir la salvacion de su amor propio á la vida de su criado, la eleccion en un hombre semejante no podia ser dudosa. En consecuencia, á una hora que no es posible determinar, ya que la víctima habia perdido el sentimiento de lo que pasaba en torno suyo; pero al fin, durante el día, Armand vuelve á bajar al subterráneo, se asegura de que Mauricio Roux no ha vuelto en sí, y entonces se determina á acabar con él estrangulándole; despues, para mejor asegurarse de que no volverá á la vida, ó tal vez porque así creyó alejar tanto mas las sospechas cuanto mas hubiera multiplicado los actos de barbarie, le liga las manos y los piés, le entierra la cara en el carbon y le deja en este lamentable estado aguardando el momento en que será preciso entrar en el subterráneo. Para este momento ya tiene arreglado su sistema. Ved! dirá—y es lo que ha dicho en efecto—Ved! como han matado á mi criado; deben haber sido muchos los asesinos, pues un solo hombre no hubiera podido ponerle en semejante estado.

»Hé aquí el asunto: lo siento por los aficionados á los misterios y suposiciones; no tiene de novelesco y misterioso más que lo dicho. Ya sabeis ó adivinais como salieron fallidos los cálculos de Armand; el que él creía que se encontraría muerto, se le ha encontrado tan solo espirando. Por una parte el asesino no habia fijado la cuerda por medio de un nudo, y como era nueva y lisa se aflojó; por otra, Armand no es un fisiologista, y no pudo calcular la resistencia que opondrian ciertas circunstancias particulares á los efectos de la estrangulacion. De este modo Mauricio Roux ha sobrevivido mucho mas tiempo que lo debido, y á la noche cuando se fué á buscar vino al subterráneo de al lado, se oyó el estertor de su agonía: esto fué lo que le salvó.

»Creo inútil prolongar los detalles. Me basta haberos expuesto el crimen tal como lo concibo, á fin de que podais juzgar, como lo decia hace poco, anticipadamente, si los debates que van á tener lugar confirman ó desmienten mi opinion. Sin embargo, me parece necesario terminar mi relato con el de un incidente que, siendo posterior á la fecha de

la acusacion, no ha podido tener lugar naturalmente en ella.

»Armand debia ser juzgado por el Tribunal de los Assises del Herault el dia 18 de Noviembre último. En esta época no se le habia ocurrido declinar la jurisdiccion de su ciudad natal, y preferir la justicia de los extraños á la de sus conciudadanos. Mauricio Roux habia sido citado como testigo; llega á Montpellier con su padre, y á la noche se pone á recorrer la ciudad para hablar con diferentes personas. Estas personas eran el juez de paz de su pueblo, uno de sus antiguos amos en cuya casa sirvió mas de siete años, y, por último, con un abogado de Montpellier muy estimado por el público, el señor Bertrand. Diversas circunstancias multiplicaron los pasos de Mauricio y le hicieron retardarse por las calles: durante toda la serie de idas y venidas, un caballero bien vestido y usando un lenguaje que revelaba su educacion, al menos así es como lo ha descrito el testigo, aborda á Mauricio con estas palabras: «¿Sois vos, amigo mio, la víctima de Armand?» Se entabla la conversacion en este tono, es decir, el recien llegado demuestra á Mauricio todo el interés posible, se desata en imprecaciones contra el asesino, y se esfuerza con sus preguntas reiteradas y simpáticas en ganar la confianza de su interlocutor. Dos veces se vé forzado el desconocido á tenerse que separar de Mauricio; pero él no le pierde de vista y dos veces se vuelven á encontrar. Lo encuentra por última vez á cosa de las once y cuarto, en el momento en que Mauricio iba á encontrar á su padre: El desconocido se ofrece á acompañarle, le hace ir por calles desiertas, cuando de pronto el desgraciado se siente un golpe en la parte posterior de la cabeza, y cae dando lastimeros quejidos. Al cabo de algun tiempo estos ayes son oidos por los paseantes: el pobre Mauricio se levanta en un estado de extraordinaria debilidad, y es transportado al hospital de la Cruz de Malta en un estado que inspiró á los médicos las mas serias inquietudes.

»No es este el momento de apreciar este incidente; me bastará por ahora haceros apreciar como desde el primer momento lo apreció la misma víctima. Los que levantaron á Mauricio le oyeron exclamar: «¡Pezado de canalla!» como si hubiera comprendido que el

brazo que acababa de herirle no era sino el instrumento y el ejecutor de un complot. A las preguntas que se le dirigieron hé aquí cual fué su respuesta: «Han querido asesinar me porque debia comparecer mañana en los Assises como testigo.»

»Creo que puedo detenerme aquí, y que os he dicho bastante para facilitar la inteligencia de este asunto. La defensa ha hecho inscribir un número considerable de testigos; no me corresponde saber ni á un prever siquiera lo que van á declarar; pero puedo tener interés en haceros conocer el orden que os serán presentados los testigos de la acusacion.»

Aquí el señor procurador general indica este orden, y concluye diciendo á los señores jurados que á pesar de la fatiga que deberá resultar para ellos de la presumible duracion de estos debates, no duda que su celo estará á la altura de sus deberes.

Se procede al llamamiento de los testigos que son en número de 71 de cargo y 95 de descargo.

El señor procurador general anuncia que Mauricio Roux se ha encontrado violentamente indispuerto al llegar á la ciudad de Aix, pero que espera que el descanso bastará para que se restablezca y podrá presentarse el dia siguiente en la audiencia.

*El señor Lachaud.*—Siempre está enfermó.

*El señor primer Presidente* procede al interrogatorio del acusado Armand, y dice:

—Armand, levantaos. Estais delante de la Justicia; sabeis que solo busca una cosa, la verdad. El señor procurador general afirma que la ha encontrado y os persigue: los señores jurados la buscan tambien, y esperan la demostracion.

«En cuanto á mí, estoy encargado por la ley, encargado por mi honor y sobre mi conciencia de emplear todos los esfuerzos para favorecer la manifestacion de esta verdad: estad seguro que no faltaré á mi deber. Os voy á interrogar, y os prevengo que por medio de este interrogatorio quiero llegar á este objeto, hacer conocer el asunto á aquellos que no le conocen, y fijar los puntos principales, los puntos culminantes sobre los cuales ha de versar la discusion. Los señores jurados podrán de este modo seguir mas facilmente los debates por necesidad muy largos que van á tener lugar ante ellos.

»Voy á preguntaros antes de todo por vuestro estado y familia.»

A las diversas preguntas que le dirige el primer Presidente, contesta que es casado sin hijos, que perdió á sus padres siendo niño, que sus parientes mas cercanos son tíos y primos suyos. Lo puso su abuelo en un colegio, y al salir, entró de dependiente en casa de un tío suyo que era comerciante. Allí estuvo hasta que cumplió veintiun años. De dependiente llegó á ser su asociado, y muerto su tío, Armand continuó en sociedad con su otro tío Biquet.

P.—Decidme algo de vuestra fortuna.

R.—Se ha exagerado de un modo atroz. Si es conveniente que lo sepais, os diré que tengo unos 800.000 francos.

P.—La que se os atribuye generalmente es mucho mayor; sin embargo, no se puede negar que sois un hombre rico. Decidme el número de vuestros criados.

R.—Tengo tres; una cocinera, una camarera y un cochero.

El señor primer Presidente hace poner sobre la mesa el plano en relieve de la casa de Armand, plano que le ha sido llevado al proceso por la defensa.

—Invito á los señores Jurados á que se aproximen á la vista de los defensores que pueden tambien acercarse, y haremos cuanto es posible la exploracion de los lugares.

Habiéndose hecho este exámen, continúa el interrogatorio.

P.—Armand, levantaos. ¿Cuáles son vuestras costumbres habituales?

R.—Vá el criado cada mañana á las ocho á abrir los balcones de mi cuarto que está contiguo al de mi esposa. Despues que se ha marchado paso á ver á ésta. De nueve á diez de la mañana me visto, salgo, voy al escritorio en donde hay aún algunos asuntos antiguos que liquidar. Despues me veo con mis antiguos amigos; al medio dia vuelvo á mi casa á comer. Con frecuencia despues de comer me voy al campo; si no hago esto vuelvo al escritorio. Salgo muy poco por la ciudad. Cuando no voy á mi casa de campo me voy á otra, á la de mi sobrino que vive en Paris. Cada año voy á algun establecimiento de baños; algunas veces voy á Paris. No vivo sino en familia;

siempre en familia. En el invierno salgo cada día dos horas, y muchos días no salgo. Cada domingo nos reunimos para comer en familia, y aún muchas veces también en el curso de la semana.

P.—¿Vuestro escritorio está en una calle situada delante de la entrada principal de vuestra casa?

R.—Al otro lado del boulevard.

P.—Por la parte de la calle de Grenadines se encuentran vuestras cuadras y cocheras; la cuadra á un lado, la cochera al otro. ¿El cuarto habitacion de Mauricio Roux está encima de la cochera?

R.—Encima de una de ellas, pues hay dos.

P.—¿En qué época tomasteis á Mauricio Roux para que os sirviese?

R.—Debía yo ir á París cuando llegase la primavera. Un mes antes uno de mis criados, contravieniendo mis órdenes, cambió la alimentacion de mis caballos, de resultas de lo cual murió uno: despedí al criado. Cuando ya estaba á punto de partir, puse mi caballo á pension no queriendo tomar por entonces criado nuevo: convine con el dueño del establecimiento que me proporcionaria cocherero para llevarme á mi casa de campo hasta que llegase el momento de mi partida. Un día me envió á Mauricio Roux; esta fué la ocasion de que entrase en mi casa. Mi caballo estaba en pension cuando Mauricio Roux lo guió por primera vez. Al cabo de ocho días me dijo: «Deberiais tomarme á vuestro servicio; quedariais contento de mí.» Esto me lo repitió varias veces; estaba satisfecho de sus servicios y encontré que se portaba bien. Cierta día que estaba en mi casa pidiéndome lo mismo, llegó para comprarme vino un señor Deleuza que al ver á Roux me dijo que era un excelente cocherero.

«Debía comprar dos caballos nuevos no teniendo sino uno y viejo; me hacia falta un buen cocherero, cosa rara, tomé el aviso en consideracion, y pedí á Mauricio Roux sus certificados. Enseñóme uno del señor de Lamartine de antigua fecha; se lo hice observar, y me respondió que habia dejado al señor de Lamartine porque no pensaba seguir sirviendo y se habia ido con su padre; pero habiendo su padre entregado todo cuanto tenia á su hermano mayor, se habia visto obligado á abandonar de nuevo su país, y su intencion era no volver. «Me veo obligado

á servir, pues no tengo ni un sueldo.»

»Me compadecí de su situacion; me gustó aquel carácter independiente en un hombre que no queria estar con su hermano porque éste no se conducia bien con él; sin embargo; dilaté la respuesta hasta dentro de algunos días. Hice escribir á Bourg-Saint-Andéol, de donde decia Mauricio que venia, y se me contestó que su familia era honrada, dándome buenos informes. Entonces le dije: «no quiero aprovecharme de vuestra posicion, os tomaré á mi servicio y os daré lo que á los otros.» En aquel momento hubiera entrado en mi casa por un bocado de pan; dióme las gracias, pareciendo quedar muy contento de haber entrado á mi servicio, y me pidió que le prestase 20 francos para pagar su posada.

»Algunos días despues marchándome á París lo envié á la casa de campo á las órdenes del mayordomo, á quien debia obedecer. Mientras estubo en la casa de campo se ausentó diferentes veces, dirigiéndose sobre todo á Maugio... (*notando un gesto del señor Presidente*)... esto tiene importancia; nada se le dijo; no tenia nada que hacer. Por desgracia tiene amigos cuya moralidad podreis juzgar mas adelante; estos individuos han sido llamados por el juez de instruccion al día siguiente á aquel en que pudo hablar, y han sido oídos en la instruccion. Esto es todo cuanto se refiere á la entrada de Mauricio Roux en mi servicio.

»Estuve dos meses en París; volví un viernes. Al llegar encontré á mi criado poco expansivo, pero no fijé la atencion en ello. Mi esposa tuvo ocasion de quejarse varias veces de Roux durante los días que siguieron á nuestra llegada. Mientras estuve en París me acuerdo que dije á uno de mis amigos: «He tomado un criado que sirve muy bien, cuida perfectamente de los caballos; todo lo ha intentado para entrar en mi casa; pero no sé qué pensar de él.» Así el 7 de Julio la primera idea que me acudió á la mente fué decirle á mi esposa: «Mira el servicio de plata.» No se le habia dado permiso de andar por toda la casa porque no estábamos tranquilos sobre este punto.

*El señor primer Presidente.*—Ya veis que os he dejado explicaros con toda la latitud que habeis deseado. Ahora como deseo precisar, y no quiero ol-

vidarme de que debo hacerlo, os ruego me respondais por medio de *si ó no* á las preguntas que os voy á dirigir.

P.—¿Cuánto tiempo ha estado Mauricio en vuestra casa?

R.—No puedo decirlo de un modo exacto. No soy yo el que arregla las cuentas: unos tres meses.

P.—¿Habeis tomado informes antes de tomarlo á vuestro servicio? ¿Habeis escrito á Bourg-Saint-Andéol? ¿Eran buenos los informes? ¿Sin este requisito no le hubierais admitido?

R.—Sí; pero fué sobre su familia tan solo, si no recuerdo mal, que versaron los informes.

P.—Seria muy raro, cuando lo tomasteis, y lo habeis conservado tres meses en vuestro servicio. Deciais hace un momento que os era algo sospechoso: ¿habeis notado alguna vez que os faltase alguna cosa? ¿Estabais satisfecho de sus servicios en general?

R.—Antes de marcharme á París lo estaba; pero no puedo decir lo mismo desde que volví.

P.—¿Desde que volvisteis lo habeis visto bien poco?

R.—Diez días.

P.—¿Durante esos diez días no habeis estado contento de él?

R.—Tan poco contento que la víspera del día del suceso debia poner la mesa á la hora de comer y no la puso; cuando volvió á las siete ya estábamos comiendo. Me repugna el tener que reñir; pero «acordados, le dije, que si vuelve á suceder que no presteis puntualmente vuestros servicios, os pongo á la puerta de la calle.»

P.—¿En qué descuidaba su servicio?

R.—Os repito que debia tener puesta la mesa á las siete, y tanto se descuidó que la camarera se vió obligada á hacerlo en lugar suyo. No era esta la única queja que yo tenia desde que habia vuelto de París: un día dejó caer una botella de aceite, al siguiente una botella de agua; debo confesar que esto no me gustaba.

P.—Me deciais hace poco que os repugna tener que reñir á vuestros servidores; ¿habeis maltratado á alguno, alguna vez?

R.—Nunca. No puedo sufrir que un hombre falte

á su servicio; no me gusta reñir; pero cuando me veo forzado á hacerlo, lo hago de un modo algo serio, grito un poco.

P.—¿No os ha pasado alguna vez el maltratar á las gentes de vuestro servicio, como jornaleros ó palafraneros?

R.—En mi interrogatorio ante el juez de instruccion dije que solo una vez me habia permitido dar un bastonazo á un criado porque me queria asesinar. Hubo testigos; ¿deseais que dé mas detalles?

P.—No: vale mas que los reserveis para el momento en que el incidente nazca del curso de los debates. Así, pues, ¿negais haber dado golpes con un baston á no ser una sola vez á un criado que os amenazaba con asesinaros?

R.—Me rasgó la corbata, la camisa y la camiseta de franela.

P.—Hay testigos que han declarado durante el procedimiento escrito, que habeis dado golpes con un baston hasta el punto de ensangrentar á los que los recibieron: esto es lo que han dicho muchos testigos en el proceso escrito, ignoro si lo sostendrán aquí.

R.—Me permitiré observar que, á menos que no exista un proceso que me es desconocido, no sé que yo haya dado golpes con un baston: no habeis oido sino los testigos de la acusacion, ya oireis otros.

*El señor procurador general.*—Se han oido los testigos que habeis designado.

*El señor primer Presidente.*—Se os reprocha vuestro carácter violento, arrebatado, brutal.

R.—Carácter vivo pero bueno; nunca he dado un solo golpe á nadie. Desde que tuve la desgracia de sufrir un ataque de reuma que me dejó paralizado durante un año, me enfado con facilidad, pero nunca he pegado á nadie; no está esto en mis hábitos.

*El señor primer Presidente.*—Este punto del debate será preciso esclarecerlo por medio de los testigos.

»Llegamos al 7 de Julio.

»Señores jurados, el 7 de Julio ocurrió el suceso que trae á Armand ante vosotros.

P.—Armand, ¿qué habeis hecho en ese día? Al llegar á este punto os invito á que seais mas preciso.

¿Qué habeis hecho por la mañana? ¿Qué habeis hecho por la tarde?

R.—El criado fué á despertarme á las ocho y cuarto, no puedo decirlo de un modo preciso, pues no miré el reloj. No contradigo la hora que él ha dicho, pues es imposible que sepa nada cuando estoy durmiendo en el momento que entra para abrir. No me acuerdo si me levanté tan pronto como abrió los balcones; creo que sí. En todo caso lo que afirmo es que á las ocho y media estaba en la cama con mi esposa cuando ella llamó á la camarera. Allí estuve hasta las nueve y media dadas. Me acuerdo que dije ha dado la media y voy á levantarme. Me lavé y arreglé, como de costumbre, y despues tomé un pedazo de pan y chocolate, como tengo tambien por costumbre, y me fui al escritorio comiéndome el pan y el chocolate. En la puerta encontré al señor Biroteau que me esperaba, sabiendo que yo debía llegar, para preguntarme ciertas noticias de que tenia necesidad. Se las di, y entré en seguida en el escritorio en donde encontré otras personas: los señores Bruyas y Puignaire.

»Al medio dia me fui á almorzar con mi cuñado cuya esposa é hija se hallaban en los baños: me llamó la atencion el no ver á Mauricio Roux, y dije, las mujeres harán perder la cabeza á ese muchacho, (se me habia dicho que le gustaba correr tras las mujeres.) Cuando terminamos el almuerzo pregunté á la camarera si habia vuelto Mauricio Roux. Cuando venga, añadi, le impedireis almorzar y le direis que tengo que hablarle. Le diré que vaya á almorzar al sitio de donde viene.

»Nos quedamos hasta las dos ó dos y media, no me acuerdo de un modo preciso. Contaba marcharme á la casa de campo; salí y fui á la cuadra cuya puerta encontré cerrada. Fui á casa del cerrajero cuya puerta estaba abierta, lo que me hizo creer que eran mas de las tres ya que los obreros de Montpellier comen á las dos.

P.—Poco importa aquí la hora, pero decid cuanto querais.

R.—El hijo del cerrajero fué á abrir el cuarto de Mauricio Roux. Subí, tuve un ligero presentimiento sin llegar á darme cuenta de él y no quise entrar, volví á bajar; habia dado un carruaje para que me

le compusieran; fué á casa del constructor de carruajes para quejarme de su retardo y saber si por fin lo tenia arreglado; le pregunté si habia visto á mi criado que no habia parecido por casa desde por la mañana.

»Quería comprar un sombrero de Panamá; fui á casa de diferentes sombrereros que no los tenían á mi gusto, por lo que encargué que me hiciesen venir uno. Desde allí fui á casa de uno de mis amigos, el señor Castan, comerciante. Como hacia mucho calor tomamos un sorbete en el café del Palacio. El señor Castan me acompañó hasta mi casa, ya que teníamos que hablar con motivo de la compra de un rebaño. Cuando estábamos juntos pasó el señor Jean, el cual ha escrito que se encuentra enfermo y no puede venir; es un antiguo comisionista viajero con el cual me he encontrado con frecuencia. Le acompañé hasta la fuente Saint-Guilhem y de este modo me retardé. Como ordinariamente á las siete y podian ser las siete y media cuando yo llegué á mi casa.

»Pregunté si se habia dejado ver Mauricio Roux. Fui á ver al criado de la señora Armand, mi tia, para saber si él lo habia visto, porque me dijeron que habian bebido juntos, contestándome que no lo habia visto desde por la mañana en que le invitó á echar un trago, que él habia rehusado, con lo que se fué él solo.

»Vuelvo, se nos sirve la sopa: la camarera tiene la costumbre en verano de ir dos veces al subterráneo, al medio dia y á la tarde; habia ido al medio dia y fué aquella tarde á las siete y media. Subió diciendo, creo que he oido á Mauricio.—¿Cómola dije, ¿dónde creéis haberle oido?—Creo haberle oido en el subterráneo.—Mirad si la llave está en su sitio.—No está la llave.—Entonces decid al cerrajero que os acompañe y mirad si no os engañais.

»Bajó al subterráneo con el conserje volviendo á subir en seguida, y dijo: ¡es Mauricio, está cubierto de sangre y todo mojado! Entonces bajé yo con la camarera, el criado de mi tia y el conserje.

»Mauricio Roux estaba detrás de la puerta, yo no lo veia. Dije que avanzasen la luz; se avanzó y entonces ví. Di orden de que alguien fuese á buscar un cerrajero y al comisario de policia. En mi impaciencia

fui yo mismo á casa del Comisario de policia á quien no encontré. Al volver encontré á mi sobrino y á uno de sus amigos y le dije: «Vete á buscar al Comisario de policia» no es el que ha venido. Yo subiré á casa del señor Brousse, médico que no ejerce: era preparador de la facultad, pero por estar enfermo hubo de presentar su dimision. Le pedí que por favor bajase, pues habia un hombre que se moria. El señor Brousse me dijo: «Iré por complaceros, pero con la condicion de que me hareis reemplazar;» á lo cual contesté que podia quedar tranquilo. Se fué á casa del señor Surdum, pero estaba comiendo en casa de su suegra, yo fui el que encargué al hijo de la conserje que lo fuese á buscar. Entonces volví al subterráneo.

»Estaba abierta la puerta: llega el señor Brousse, se deshacen las cuerdas del cuello, pero el señor Brousse no quiere tocar nada mas hasta que llegue la autoridad. Decian, está muerto, no se mueve, no dice ni una palabra, y sin embargo, acaba de gritar lo bastante fuerte para que le oyese la camarera, y esto que el uno se encontraba en una pieza del subterráneo y la otra en otra.

El señor primer Presidente.—Lo que llamais un grito era el hipo de la muerte.

R.—Ignoro si la camarera conoce el hipo de la muerte, lo que sé es que Mauricio no se movia; francamente, le creí muerto. Se le quitaron las cuerdas del cuello y no se movia; sin embargo, llegó el comisario de policia y le dije: «Ese desgraciado ha sido víctima de un asesinato, algun miserable lo habrá asesinado.» El comisario me hace decir esta frase en mi cuarto, yo se la dije en el subterráneo. Insisto en este particular, porque veo que de aquí se quiere sacar un argumento contra mí en el acta de acusacion. Mauricio descansaba sobre el costado, con una cuerda en el cuello, ¿qué otra cosa se podia ocurrir de lo que á mí se me ocurrió? No se me podia ocurrir otra cosa, dije lo que sentia. La camarera me habia dicho que una persona de Alais habia preguntado por él para un matrimonio.

»Estando, pues, el comisario de policia, se desataron las manos y los piés de Mauricio, y se le llevó al cuarto que conoceis en una de mis cuerdas; yo le seguí. Mi esposa preguntó al señor Surdum si era

necesario enviar á buscar un sacerdote y por su respuesta afirmativa envió á buscar uno. Yo me encontraba al lado del enfermo con el señor Surdum, cuando me dijo: «Vá mejor, vuelve en si, pero es necesario que se le vele esta noche; dí la orden á dos personas, al portero y á Malzac, que desde hace treinta años se halla á nuestro servicio, de permanecer al lado de él. A la mañana siguiente, á las ocho, mi esposa, que despertó antes que yo, envió á saber noticias y pasó á dárme las. Yo estaba en mi cuarto con mi tio que con frecuencia vá por las mañanas á despertarme. Pregunté á Malzac, ¿cómo vá Mauricio Roux?—Se encuentra mejor, pero os acusa.—¿Qué decís?—Que os acusa; el señor Surdum y yo nos hemos reido, el pobre hombre no está en su cabal juicio.

»Me vestí y fui á ver á Mauricio Roux con mi tio. Allí estábamos cuando el señor procurador imperial llegó, y empezó el interrogatorio. Confieso que la actitud de este hombre me ha atormentado. Aquella acusacion, aquella energia, aquellas amenazas, me dejaron petrificado. Concluido el interrogatorio, el juez de instruccion me dijo que le acompañase al subterráneo. Bajé, al subir me dijo: Tendreis la bondad de venir á mi despacho para declarar, y hareis venir á vuestra camarera y al conserje. Mandé prevenir á la camarera y al conserje, y seguí al juez de instruccion al palacio de justicia.

»Me interrogó el juez de instruccion: durante el interrogatorio entró el procurador imperial una ó dos veces. La vispera por la noche estuvo conmigo en el sitio del crimen, donde permanecimos hasta las once de la noche. Eramos tres, el director de correos, el procurador imperial y yo. Un individuo se acercó para escuchar lo que decíamos; yo le pregunté que era lo que queria, y no respondió, volví á preguntárselo por segunda vez, y tampoco dió contestacion alguna; entonces, el procurador imperial lo cogió por el cuello y lo entregó á un agente de policia que estaba á veinte pasos. Hablamos. El señor procurador imperial dijo: «No hay ejemplo de que un asesino esté presente cuando la justicia está en el lugar del crimen, mientras, que otro criminal, un incendiario quiere gozar las consecuencias de su crimen y ver brillar las llamas que él ha incendiado; pero no

hay ejemplo de que dé vueltas alrededor de la justicia.» Estas son las palabras del procurador imperial.

»Vuelvo á mi interrogatorio, durante el cual, lo repito, el señor procurador imperial me vió muchas veces. Cuando concluyó el interrogatorio, el juez de instruccion me dijo: «Tengo un mandato de prision contra vos; pero sois persona formal: pertenecéis á una familia barto respetable para que yo haga uso de él. Tomo sobre mí, por mas que mi deber sea haceros prender, el no hacerlo, á riesgo de lo que me pueda suceder,» á lo cual le contesté: «Sentiria vivamente que os pasase algo desagradable por culpa mia. Tengo varias propiedades, estaré preso en aquella que querais,» á lo cual me respondió: «Es inútil, sois persona demasiado respetable para que no me fie de vos, solo necesito saber donde encontraros, por si tengo necesidad de veros.»

»Cuando salí, la camarera y el conserje estaban allí; el juez de instruccion les dijo que se marchasen y que volviesen á las dos. Insistí para que no les dejase marchar, y consintió á condicion de que les enviase de comer, lo cual hice; y dos horas despues de haberme interrogado, yo estaba preso por el solo interrogatorio mudo de Mauricio Roux. Fui preso á las dos y media, lo demás ya lo sabeis.

P.—Me veo obligado á volver á empezar, ya que es posible no se haya podido seguir de un modo exacto cuanto acabais de decir. Por la mañana cuando Roux entró en vuestro cuarto para cojer vuestra ropa como de ordinario, ¿le visteis?

R.—Permitidme, abrió el balcon, di una vuelta en la cama, y no me acuerdo si le ví.

P.—En otra ocasion dijisteis haberlo visto. Desearia saber lo que afirmais hoy.

R.—Me acababa de despertar, ¿cómo queréis que diga si le ví ó no lo ví?

P.—¿Luego queréis contestarme que no lo sabeis?

R.—Os contesto que no lo sé.

P.—¿Pero lo que parece sabeis muy bien es que á las ocho y media estabais en el cuarto de vuestra esposa con ella?

R.—Sí, á pesar de lo que afirma la camarera.

P.—Insistís en esta declaracion; ¿sabeis que estais en contradiccion con la testigo, la camarera?

R.—Sí, lo sé.

P.—La camarera afirma que entró á las ocho y media en el cuarto de vuestra esposa y que vos no estabais. Afirma además, que á las nueve menos cuarto estabais en el comedor, comiendo un pedazo de pan: estais en contradiccion con esta testigo.

R.—Respondí delante del juez de instruccion del mismo modo que lo hago ahora.

P.—Sí, solo que si nos referimos á las declaraciones escritas, diré que despues de haber afirmado que estabais á las ocho y media con vuestra esposa en su cuarto, habeis añadido despues que no teniais una memoria muy segura.

R.—Es cierto que tengo una mala memoria; pero puedo afirmar que estaba en el cuarto de mi mujer, lo cual afirmo ahora tambien, así como que solo bajé á las diez.

P.—Dejo sentado que decís que á las ocho y media estabais en el cuarto de vuestra esposa y que la camarera no os ha visto, mientras ella afirma que os vió á las ocho y media en el comedor tomando un pedazo de pan; ahora bien, los señores jurados saben que Roux fija las ocho y media como la hora en la cual fué cometido el crimen en su persona, y en este momento es en el que pretendéis que estabais en el cuarto de vuestra esposa con ella en la cama. Os pregunto de una manera precisa si por la mañana bajasteis al subterráneo.

R.—No bajé, además yo no bajo nunca. Es preciso que diga una cosa, y es que despues de la enfermedad nerviosa que padecí...

P.—Esos son detalles inútiles.

R.—Sin embargo, bien es necesario que yo me defienda; quereis saber la verdad, y si yo encuentro algo en mi favor bien debo decirlo.

P.—No pretendo limitar vuestra defensa; pero que no extrañe nadie lo largo del interrogatorio; deseais llegar á que queden bien sentados todos los hechos; voy, pues, á dejar á la defensa, y sobre todo al acusado, la mayor latitud.

¿Decís que no bajasteis al subterráneo?

R.—Nunca bajo, pues despues de mi enfermedad nerviosa temo mucho el encontrarme en sitios húmedos. Este temor llega hasta tal punto, que cuando se me metió en el calabozo pedí, y mi familia obtuvo, como una excepcion, que estuviera alguno para dormir

cerca de mí en mi prision. Es excesivamente raro que yo tenga necesidad de bajar al subterráneo ó bodega; mi tío es el que cuida de todo cuanto puedo exigir.

P.—¿No solo no bajasteis en ese dia sino que afirmais no bajar nunca?

R.—Es excesivamente raro.

P.—¿A qué hora notasteis la desaparicion de Mauricio Roux?

R.—Cuando almorzaba, pues él era quien servia á la mesa.

P.—¿Luego no notasteis que Mauricio Roux faltaba hasta el mediodía? Os deberé observar que una vez habeis dicho que notasteis su desaparicion á las nueve.

R.—Hé aquí lo que dije—precisemos bien, no me encontrareis en mentira.—Mi esposa no pudiendo tomar el baño que habia pedido, dió orden de que la preparasen un baño de asiento. Cuando se lo iban á preparar se notó que no habia agua, se buscó á Mauricio Roux y no se le encontró, pero es seguro que yo no me encontraba allí, y que solo noté su ausencia al mediodía á la hora de almorzar.

P.—Creo dejar fijada vuestra idea diciendo que á las nueve ó nueve y media habeis visto que Mauricio Roux no estaba allí; pero no habeis dado á esto la menor importancia.

R.—No estaba á mi servicio por la mañana.

P.—Cuando en aquel momento notasteis su ausencia, no supisteis como explicárosla. Pues bien! al mediodía, cuando notasteis su ausencia prolongada...

R.—Yo no he dicho que hubiese notado su desaparicion; yo ví tan solo que no estaba allí.

P.—A las nueve no está allí, y no dais á esto la menor importancia; al mediodía falta de un modo visible ¡pues bien! yo os pregunto si en este último momento interrogateis á alguien para saber si se le habia visto por la mañana y que habia hecho.

R.—Mi cuñado almorzaba conmigo, mi esposa me dijo: Mauricio no ha vuelto.—¿Cómo que no ha vuelto?—No.—Está bien, ya vendrá; pero cuando llegue sabrá á qué equivale esto. Es necesario echarlo y darle su cuenta. Dije al juez de instruccion que habia recomendado á la camarera que si Mauricio llegaba me lo enviase, porque le haria ir á almorzar

á donde venia. Mi esposa ha repetido esto, mi cuñado lo ha dicho tambien, el juez de instruccion ha declarado que esto estaba probado en la instruccion; pero es desagradable tener que decir que esto no se encuentra consignado.

*El señor primer Presidente.*—Esto se encuentra perfectamente consignado.

*El señor procurador general.*—Está probado en la instruccion que habeis dicho: si Mauricio Roux viene para comer, enviadmele.

*El señor primer Presidente.*—No habeis contestado á mi pregunta. Os he preguntado si hicisteis á la camarera ó á la cocinera esta pregunta: «¿Habeis visto á Mauricio Roux esta mañana?» ¿Podeis decirme quien se lo preguntó?

R.—He respondido categóricamente á vuestra pregunta.

P.—Vos no habeis preguntado á la cocinera: «¿Qué ha hecho Roux? ¿Ha bajado al subterráneo?»

R.—Mi esposa es la encargada de esto.

P.—Vos sabeis que no está allí, ¿y no preguntais si se le ha visto? Os contentais con decir: Cuando venga, si viene, me lo enviareis; despues de comer no habiendo llegado Roux, ¿os habeis inquietado mas por él?

R.—Hasta cierto punto; ¿por qué inquietarme por un criado que no viene? Podia creer que se habia marchado con cualquier mujer.

P.—Vos os habeis inquietado de tal modo por él, que habeis mandado abrir por un cerrajero el cuarto donde dormia.

R.—Era bien natural.

P.—Os inquietasteis de tal modo, que preguntasteis á todo el mundo durante el dia. Antes de ir á buscar un cerrajero para abrir el cuarto en que esperabais encontrarlo, ¿no se os ocurrió el preguntar á la camarera y á la cocinera si lo habian visto y si habia subido leña ó agua por la mañana?

R.—Habiéndome dicho mi esposa «no le he visto», no fui á informarme de la camarera y de la cocinera con las cuales no mantengo relacion alguna. Con mi mujer es con quien yo hablo, y ella es la encargada de entenderse con las criadas. Es necesario saber cómo se suceden las cosas en mi casa: el cochero es al mismo tiempo criado. ¿Cuál es su traba-